

5° Jornadas de Jóvenes Investigadores

Instituto de Investigaciones Gino Germani

Nombre y Apellido: Dolores Rocca Rivarola

Afiliación institucional: Conicet/IIGG-UBA

Correo electrónico: doloresrocca@gmail.com

Eje problemático propuesto: 11. Estado. Instituciones. Actores

Vínculos históricos y “apoyo crítico”: Las centrales sindicales como sectores dentro del oficialismo en Argentina (2003-2007) y Brasil (2002-2006)

1. Introducción

Esta ponencia examina a tres centrales sindicales como sectores dentro dos conjuntos oficialistas: la Central Única dos Trabalhadores (CUT), la Confederación General del Trabajo (CGT) y la Central de los Trabajadores de Argentina (CTA). El trabajo se inscribe en una investigación más amplia que estudia en forma comparada esos conjuntos configurados en torno a los presidentes Luiz Inácio “Lula” Da Silva (en adelante, Lula), en Brasil (primer mandato) y Néstor Kirchner, en Argentina. Esa investigación analiza cómo son las definiciones identitarias y los modos de relacionamiento que diferentes sectores de esos conjuntos –organizaciones sociales, centrales sindicales, “espacio partidario”– establecían con el resto del conjunto y con el presidente mismo. Es decir, no se pregunta centralmente por qué esos sectores integran el oficialismo, por qué están “adentro”, sino cómo interpretan y viven esa pertenencia, y de qué modos se vinculan con el presidente y con resto del conjunto en esa participación. Se ha tomado, como criterio de inclusión dentro de esos conjuntos oficialistas, el apoyo sectorial activo y organizado a los gobiernos en cuestión.

En vista del carácter de estos dos conjuntos, la investigación propone un abordaje a través del concepto de oficialismo, que se diferencia de las nociones más tradicionales de *partido oficial* y de *coaliciones partidarias*. Ello se debe a que el perfil que van asumiendo estos gobiernos en términos de la configuración de una base política organizada se distancia de esas dos nociones, que circunscriben las coaliciones de gobierno a espacios de interacción institucionalizada entre partidos consolidados. Es entonces la idea de oficialismo, en cambio,

la que mejor se adecua a estos conglomerados de sectores que han ido confluyendo, alejándose y realineándose a partir de las propias figuras de Kirchner, en Argentina, y Lula, en Brasil. En ambos casos, tratándose de dos liderazgos cuya popularidad –además de su necesidad de ampliar su base de sustentación- jugó un rol central en el crecimiento, a lo largo de sus respectivos mandatos, del conjunto de sectores y dirigentes que les brindaban un apoyo organizado. A partir de ambos factores, y de estrategias de construcción política implementadas por ambos presidentes -en gran medida, después de su llegada al poder-, se configuraban, alrededor de estos líderes, conjuntos heterogéneos, no sólo de distinta procedencia política sino también con organizaciones por fuera del espacio propiamente partidario. Organizaciones sociales, por ejemplo, cuya gravitación pública y política se incrementaría en comparación con experiencias de gobierno previas. Dadas esas particularidades, pensar en estos conjuntos en términos de partidos gobernantes -Partido Justicialista (PJ), en Argentina, y Partido dos Trabalhadores (PT), en Brasil- o incluso de coaliciones partidarias, implicaría una reducción de la amplia diversidad de sectores que conformaban la órbita política de ambos presidentes, participando activamente del apoyo a sus iniciativas.

En ese proceso de conformación y desenvolvimiento de los conjuntos oficialistas en cuestión, se postula en la investigación en curso que el presidente actúa como articulador y mecanismo instituyente de lazos políticos que se sostienen luego en torno a ese liderazgo y no necesariamente en torno a vínculos formales o institucionales.

A partir de una caracterización del escenario político contemporáneo de ambos países que advierte signos de volatilidad de los alineamientos políticos, amplia fluctuación del voto entre cada elección, la investigación se formula la siguiente pregunta, en torno a los casos de Kirchner, en Argentina, y Lula, en Brasil: Dado un escenario político de escasa capacidad de los partidos para configurar identidades políticas duraderas y para garantizarse un electorado propio “fiel” o “cautivo”; dada la pérdida, por parte de aquéllos, de su protagonismo excluyente dentro de las coaliciones oficialistas; y dada la llegada al poder de dos presidentes cuya popularidad y apelación poco después trascienden ampliamente las fronteras del partido del que provienen, ¿de qué forma ese escenario influye sobre las definiciones identitarias que distintos sectores del oficialismo (“espacio partidario”, centrales sindicales, organizaciones sociales) van construyendo como parte del mismo y sobre el modo de relacionamiento con el resto del conjunto y con el presidente?

En cuanto a la selección de casos, las centrales sindicales observadas en esta ponencia constituyen uno de los tres sectores que toma la investigación como parte del oficialismo.

Dentro del segundo sector escogido, que he denominado “espacio partidario”, se incluye, por un lado, al partido al que pertenecía formalmente el presidente (PJ, en Argentina y PT, en Brasil), y por otro, a una variedad de espacios políticos a los que pertenecían dirigentes integrados en el oficialismo y a sellos partidarios incluidos en la coalición parlamentaria. En el caso brasilero, a aquellos que pertenecían a la alianza construida por Lula (un núcleo más duro de partidos de centro-izquierda, y, por otro lado, a espacios con un vínculo más laxo que formaban parte de la alianza parlamentaria de gobierno). En el caso argentino, a agrupamientos de dirigentes y a sellos partidarios derivados de la estrategia de “transversalidad” del presidente Kirchner (Frente Grande, Partido Intransigente, dirigentes provenientes del ARI y de otras fuerzas políticas). Cabe aquí aclarar que, debido a las características del escenario político electoral en los últimos años que ya ha sido mencionadas – personalización de la política, cambio de sellos partidarios en cada proceso electoral, emergencia de coaliciones políticas sumamente dependientes de liderazgos populares, y sin vida organizativa, pérdida de centralidad de los partidos existentes en tanto configuradores de identidades y condicionadores del comportamiento electoral, volatilidad del voto – , resulta imposible desgranar el “espacio partidario” en tanto escena de partidos consolidados.

Y, finalmente, dentro del sector que ha sido denominado “organizaciones sociales” se analiza al Movimento dos Trabalhadores sem Terra (MST), en Brasil, y a cuatro organizaciones sociales argentinas que integraban el kirchnerismo en el período observado: La Federación Tierra y Vivienda (FTV), el Frente Transversal Nacional y Popular, el Movimiento Barrios de Pie (luego devenido Libres del Sur en alianza con otras organizaciones) y el Movimiento Evita.

Hay dos casos cuya inclusión dentro del oficialismo podría resultar, a primera vista, discutible: la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA), en Argentina, y el Movimento dos Trabalhadores sem Terra (MST), en Brasil. En ambas organizaciones se ha proclamado como objetivo una absoluta autonomía respecto de los gobiernos en cuestión y se han esgrimido críticas públicas frente a éstos, aunque con matices, por supuesto, en la dureza y frecuencia de aquéllas. Existen varios elementos, sin embargo, que imposibilitan concebir a estas organizaciones como parte de espacios opositores, pero que además, en algunos casos, las han acercado a los gobiernos de Lula y Kirchner. La existencia, al interior de la CTA,

como veremos más adelante, de organizaciones de peso territorial y con un marcado protagonismo público que sí expresaban su pertenencia al espacio oficialista; el apoyo público por parte de la central de diferentes políticas llevadas adelante por el gobierno de Kirchner; la negativa durante la presidencia de éste a convocar a huelgas generales (paros nacionales) contra la política oficial o con demandas salariales, son algunos ejemplos de elementos que posicionaban a la central más cerca del gobierno que lejos del mismo. En el caso del *Movimento dos trabalhadores Sem Terra*, el vínculo con el PT hunde sus raíces en la misma fundación del MST, de la que el partido participó activamente. Desde 1989, el MST puso su militancia a disposición de las sucesivas campañas electorales del PT y a partir del desembarco del partido en gobiernos estatales, distintos miembros del MST se incorporarían a éstos como funcionarios. El triunfo electoral de Lula en las elecciones presidenciales de 2002 simbolizaría para el MST la llegada de un “amigo de los sin tierra”, y aunque esa lectura iría experimentando un viraje a partir de la política económica de Lula, en diferentes momentos del período observado por la investigación (primer mandato de Lula) el MST se posicionaría públicamente en una dirección que posibilitaría la decisión metodológica de incluirlos dentro del oficialismo.

En el marco de la investigación mencionada, están en curso tareas de relevamiento de documentos elaborados por las propias organizaciones y se han realizado entrevistas en profundidad a dirigentes y militantes de las organizaciones y espacios observados.¹ El análisis cualitativo de las mismas aún no ha finalizado, por lo cual la presente ponencia constituye una reflexión meramente preliminar e introductoria y se propone señalar algunas líneas de análisis posibles para las centrales sindicales (CUT, CGT y CTA) como sectores dentro del oficialismo.

2. El contexto: Formatos de representación en Argentina y Brasil

La heterogénea y fragmentaria composición de estos conjuntos políticos –que motiva la ya mencionada opción de denominar a los conjuntos de apoyo a Néstor Kirchner y Inácio Lula Da Silva “oficialismos” y no “partido oficial” o “coalición de partidos”- se enmarca tanto en

¹ Las entrevistas se han restringido a la Capital Federal y el conurbano bonaerense, en Argentina (realizadas en forma intermitente desde 2006). Y se han emprendido, por otro lado, dos viajes de trabajo de campo a San Pablo (septiembre de 2008) y a Río de Janeiro (junio de 2009), en Brasil. Se ha asignado a cada entrevistado un nombre ficticio, dado que muchos de ellos me han provisto de información en forma desinteresada (además de permitirme disponer de su tiempo, lo cual agradezco) y que se procura evitar cualquier tipo de repercusión de esos dichos para estas personas al interior de las organizaciones observadas.

una deliberada estrategia presidencial (ello se advierte más en el caso argentino, con la estrategia de transversalidad de Kirchner, que en Brasil) como en un escenario general de transformaciones en el propio formato de representación en ambos países. Transformaciones relacionadas con la extrema personalización de los vínculos de representación, la intensa fluctuación del voto entre cada proceso electoral, y la pérdida de centralidad por parte de las estructuras partidarias en tanto configuradoras de identidades políticas duraderas.

Refiriéndose al caso argentino, Cheresky (2006a) caracteriza estas transformaciones de la siguiente forma:

Los caminos usuales de la representación parecen abandonados. Durante buena parte del siglo XX, la representación ha sido un vínculo duradero. Eso fue cierto para los partidos políticos, que se modificaban pero tenían una continuidad en su existencia y su enraizamiento [...] El ciudadano de nuestro tiempo no tiene identidades políticas o incluso pertenencias sociales permanentes [...] la autonomía ciudadana, entendida como su desalineamiento respecto de pertenencias partidarias o sindicales, habilita nuevos formatos en la constitución de identidades políticas y públicas. En otras palabras, el espacio público ha cobrado relieve porque la reproducción de la legitimidad política se ha hecho permanente (Cheresky, 2006a: 33-34)

¿Y qué rol asumen los partidos políticos en esas nuevas condiciones? Para el autor,

En la actualidad los partidos políticos son más bien un recurso instrumental, eventualmente sustituible. Son cada vez más dispositivos electorales de los que se valen los líderes o las corrientes políticas emergentes para competir y procurar conquistar la representación. Para ser candidatos hoy se necesita un partido, pero éste cada vez menos concita la adhesión ciudadana “per se”. Es cada vez más inusual que el elector decida votar por tal o cual partido y cada vez más notoria la selección por el candidato, variando aun según la coyuntura. O sea que la sigla o partido está investida de un sentido presente atribuido por la conformación de la escena pública, por la imagen del candidato, por los enunciados de los candidatos o de la coalición que se ha constituido. (Cheresky, 2006b: 14).

Es en ese marco político sustancialmente diferente de la tradicional “democracia de partidos” tan invocada por la ciencia política, que el autor ubica la emergencia de los denominados “liderazgos de popularidad” (Cheresky, 2006b). Se trataría de liderazgos sostenidos en una relación directa (aunque, en gran medida, mediática) con la opinión pública –no necesariamente comprometida con aquél a través de una participación política activa más allá de la instancia electoral. Liderazgos que no carecen necesariamente de una estructura propia, pero ésta ya no garantiza un voto “cautivo” en los sucesivos comicios, sino que la legitimidad del líder se pone en cuestión y reactualiza en forma casi cotidiana ante la opinión pública.

Para el caso brasileño, se ha sostenido (Pousadela, 2007) que el estado precedente a las transformaciones antes mencionadas, es decir, la denominada “democracia de partidos” en el sentido clásico, nunca llegó a materializarse del todo en Brasil como sí en Argentina o en Europa. En un sentido similar, interrogándose acerca del efectivo peso de los partidos sobre la decisión ciudadana del voto en Brasil, Kinzo (2005) considera que desde el restablecimiento de la democracia en Brasil (1985), no ha habido una estabilización del comportamiento electoral ni tampoco de la identificación partidaria. Ello se observa, por ejemplo, en campañas electorales centradas en los candidatos individuales y no en las fuerzas políticas, volatilidad electoral a niveles altos aun en comparación con el resto del mundo, desconocimiento respecto de a qué partido pertenecen los principales líderes políticos e incluso limitada información entre el electorado acerca de cuáles son los partidos brasileños. Tanto para Kinzo (2005) como para Telles (2006) una de las condiciones que contribuyen a favorecer este escenario es el sistema de lista abierta, vigente para los comicios legislativos². A través de éste, es cada candidato quien recibe el voto de los electores –despojando así a los partidos del control sobre la clasificación e instalación de sus candidatos. Se configura así una escena en la que la estrategia de disputa electoral es el personalismo –algo que fue advertido incluso para las elecciones de 2006 (Echegaray, 2006: 31)-, en la que se potencia la competencia intrapartidaria, la campaña gira en torno a las características individuales de los postulantes y la identidad entre partidos y electores se ve reducida. A ello deberíamos sumar los ya frecuentes fenómenos de “mudanças” partidarias, o migraciones de bloque por parte de los legisladores brasileños. No ha habido, por tanto, en Brasil una estabilización de las preferencias ciudadanas en torno a los sellos partidarios y se advierte una marcada personalización del vínculo de representación.

Para Kinzo (2005), sin embargo, el PT constituiría en alguna medida un caso singular dentro de ese escenario de fragmentación y volatilidad. Según la autora, se trata de un “típico partido de masa [*el único en Brasil, dice Kinzo*] que consiguió crear una organización fuerte y una imagen partidaria de izquierda bastante nítida”, y cuya “tasa de preferencia creció significativamente: de 10% en 1989, para 18% en 2002” (Kinzo, 2005: 68-69. La traducción es mía). Una clara identificación de los líderes del PT como pertenecientes al partido en la ciudadanía y una creciente preferencia partidaria son algunos indicadores que Kinzo toma para argumentar en favor de la singularidad del PT. Sin embargo, ha circulado la idea de una

² En oposición al sistema de “lista sábana”, como se lo ha denominado informalmente en el caso argentino.

despetización del gobierno de Lula; la figura de Lula ha sido claramente trascendente al partido; su popularidad presidencial ha estado a mucha distancia de los votos obtenidos por el PT a nivel estadual y local en comicios legislativos; e incluso esta popularidad personal de Lula no ha podido ser trasladada exitosamente aún a ningún otro dirigente del partido, lo cual plantea un escenario crítico para su sucesión en 2010.³ Todo lo cual pone en cuestión e alguna medida la idea misma de una identificación partidaria fuerte lograda por el PT.

De todos modos, el trabajo de campo realizado en sedes del PT en Río de Janeiro (2009) y San Pablo (2008) me ha planteado algunos interrogantes y, sobre todo, la necesidad de matizar la posibilidad de asimilar ambos casos en términos de estos formatos de representación. La situación del PT en Brasil, su rol y presencia dentro del gobierno aparecían claramente diferenciados del lugar ocupado por las redes que se definían como pertenecientes al Partido Justicialista, en Argentina, estructura que permaneció intervenida judicialmente durante todo el gobierno de Kirchner, acéfala y sin vida organizativa interna en tanto partido, y sin tampoco la posibilidad de tener una gravitación considerable en el proceso de conformación de listas electorales o presencia significativa en cargos estatales de jerarquía.

3. Constitución de la relación

Ya en el propio origen del vínculo entre las centrales sindicales y el presidente puede advertirse una diferencia sustancial entre ambos casos.

La trayectoria inicial del vínculo entre el peronismo -identidad partidaria de la que provenía Néstor Kirchner a su llegada al poder- y el sindicalismo ha sido motivo de amplio debate académico (Del Campo, 2005; Di Tella, 1977; Germani, 1977; Ianni, 1977; Murmis y Portantiero, 2004; Torre, 1998, y otros), en términos de la autonomía o heteronomía de los sindicatos frente al primer gobierno de Juan Domingo Perón, de los actores sociales dentro del movimiento obrero que efectivamente contribuyeron a su ascenso al poder (vieja guardia sindical o masas provenientes del interior del país y sin experiencia sindical), de la relación entre líder y los dirigentes de la CGT, etc. Sin introducirnos de lleno en el debate, podríamos detenernos en un aspecto. El tipo de vínculo establecido entre la CGT y el primer peronismo ciertamente exhibe más puntos de confluencia con el que mantuvo el régimen varguista, en

³ Mientras que en febrero de 2009 el respaldo popular al líder alcanzaba el 84%, Dilma Rousseff, a quien Lula declaraba como su eventual candidata a la presidencia, sigue ubicándose en las encuestas de opinión pública detrás de José Serra (PSDB).

Brasil, con el movimiento obrero, que con el que predominaría más tarde entre el Estado y la CUT, aparecida durante la dictadura militar (1964-1985) en el marco de lo que fue denominado el “nuevo sindicalismo”.

Ambos, el sindicalismo argentino durante el primer peronismo y el sindicalismo brasilero engendrado a partir del varguismo estuvieron estructurados, en mayor o menor medida, como apéndices del Estado. Cabe introducir una diferencia: al momento de llegada del peronismo, había ya organizaciones sindicales –más organizadas que en el caso brasilero-, con las que Perón negocia (o reprime, en los casos más combativos y reticentes a su liderazgo) entre 1943 y 1945. E incluso es desde las cúpulas del movimiento obrero que apoyan a Perón que se formará un partido propio: el Partido Laborista. Ese experimento de autonomía organizativa, sin embargo, llegará a su fin muy poco después, cuando Perón ordene a estos dirigentes disolver el Partido Laborista. Es a partir de allí que el movimiento sindical argentino se asemeja un poco más al brasilero. Tal como relata Del Campo (2005), frente a la directiva de disolución del Partido Laborista,

la mayoría se adaptó y la CGT, convertida virtualmente en central única que conocería durante los primeros años del gobierno peronista una extraordinaria expansión, fue perdiendo los últimos restos de su autonomía en manos de pseudo dirigentes cada vez más parecidos a funcionarios estatales y cada vez más sumisos (Del Campo, 2005: 360).⁴

La figura del delegado sindical con carácter de funcionario estatal más que de representante de las bases en la fábrica se expresa, sin embargo, de manera más manifiesta en el concepto del *pelego* en Brasil, donde la propia iniciativa del Estado varguista⁵ es central en la configuración del sindicalismo, y donde los sindicatos más autónomos aparecerán recién con la consolidación del cordón industrial de San Pablo (ABC) en los años setenta, con el ejemplo paradigmático de los obreros metalúrgicos que fundarían la CUT (Central Única dos Trabalhadores), entre los que estaba Luiz Inácio “Lula” Da Silva.

Es decir que la CUT nace del seno de un sindicalismo combativo y clasista que se opone a los *pelegos* y al sindicalismo heterónomo que provenía del modelo varguista. Históricamente, la aparición de la CUT expresa precisamente la derrota de ese tipo de sindicalismo, aunque luego aquélla se haya ido adaptando dentro de esa estructura sindical que distintos autores consideran relativamente intacta en Brasil (Boito, 1994; D’Araujo y Romero Lameirão, 2009).

⁴ De todos modos, la resistencia peronista luego del derrocamiento de Perón significaría para el sindicalismo una experiencia de combatividad desde abajo y sin el patrocinio estatal, sino en un contexto de represión.

⁵ Vargas va a ir incorporando progresivamente a los trabajadores, rama por rama, al Estado (no a un partido propio), a través del reconocimiento y de medidas en su favor.

En términos de la historia del vínculo partidario (PT y PJ) con el sindicalismo, los contrastes también son visibles. El origen en sí mismo de esa relación, en ambos casos, hunde sus raíces en el propio surgimiento del partido. Además de la jornada fundacional del 17 de octubre, en Argentina, el rol de los dirigentes sindicales en el sostenimiento del peronismo como identidad política en sus inicios ha sido ya comentado. En el caso de la CUT y el PT, el partido fue creado por la propia iniciativa de dirigentes sindicales metalúrgicos de los suburbios de San Pablo (además de comunidades de base de la Iglesia católica, intelectuales y dirigentes sociales) y sería el mismo PT el que impulsaría la tendencia sindical que en 1983 formó la central sindical en oposición a la históricamente predominante CGT (Keck, 1992; Lucca, 2004). De todos modos, a pesar de esa interpenetración de miembros e influencia mutua, los vínculos entre el partido y la central fueron siempre, según Keck (1992) y también según Lucca (2004), de carácter informal. Esa informalidad, sumada a la reivindicación permanente de autonomía mutua pero con notables superposiciones de dirigentes en ambas organizaciones (muchos dirigentes sindicales pasarían incluso a la arena política a través del PT), obstruye la posibilidad de un diagnóstico preciso del nivel de organicidad en el vínculo entre la CUT y el PT luego de la formación de ambos.⁶ El apoyo de la CUT a la candidatura de Lula en 1989 (contra Collor de Mello), por ejemplo, ha sido caracterizado como “tímido” (Boito, 1994), una aseveración que refuerza estas dudas mencionadas sobre el tipo de lazo que unía a ambas organizaciones.

Se ha postulado, por otro lado, para el caso del PT, una progresiva y gradual separación del mismo respecto del movimiento sindical (Boito, 1994), a la par de la pérdida, por parte, del PT, especialmente durante los años noventa, de sus características de partido de masas - núcleos de base organizados y activos, actividad partidaria permanente vinculada a movimientos sociales, democracia interna formal, lucha interna en base a programas, regularidad de congresos partidarios-, convirtiéndose en un partido vaciado de organizaciones de base, con actividad esporádica y vinculada centralmente a las elecciones (Boito, 1994). Una considerable cantidad de autores ha planteado, en efecto, que el PT experimentó transformaciones cualitativas como partido durante los años noventa (Palermo, 2003; Ottmann, 2006; Rubim, 2003; Goldfrank y Wampler, 2008; Meneguello y Amaral, 2008; y

⁶ Coincido, en ese sentido, con Lucca (2004) cuando afirma que:

Es innegable que aquellos que formaron el PT en gran parte provenían del sindicalismo. Sin embargo, es una variable siempre oscura entender cuál fue la relación del PT con los sindicatos a posteriori de su formación, pues tanto el uno como los otros defendieron la autonomía e independencia de los sindicatos frente a los partidos, pero sin embargo, ellos no podían escapar a la inherente partidización de los sindicatos. (Lucca, 2004: 10)

otros), mutaciones que trascienden ampliamente los objetivos de esta ponencia. Abonando la idea de una pérdida de peso del sector sindical dentro de la composición activa del PT, Martins Rodrigues (1990) muestra cómo fue disminuyendo la presencia de sindicalistas del área industrial entre los diputados nacionales electos por el PT, siendo progresivamente reemplazados por profesores y profesionales liberales, es decir, legisladores provenientes de las clases medias. Uno de los entrevistados del PT para la investigación en la que esta ponencia se enmarca profundizaría esa percepción:

Primero hubo una ampliación de la base social del PT. De la base social y de la base electoral, que es una cosa más amplia, porque tenemos que ser muy rigurosos, hubo una transformación en la composición militante del partido. Primero, la base militante del PT, que era más proletaria, se “apequeño-burguesó”, los cuadros que dirigem el partido. Segundo, en sentido contrario a esa base social, la base electoral se empobreció (Entrevista con dirigente del PT de San Pablo, 19/09/08. La traducción es mía).

Sin embargo, el vínculo del partido liderado por Lula con la CUT no ha sufrido procesos de la magnitud de la denominada “desindicalización” (Gutiérrez, 1998) del Partido Justicialista en Argentina. El desplazamiento del sindicalismo como participante de peso en la toma de decisiones públicas y su debilitamiento como corporación representante de la clase obrera y como sector gravitante en la conformación de listas electorales del PJ y en sus posicionamientos políticos se evidenciarían con fuerza durante el gobierno de Carlos Menem (1989-1999), pero los orígenes institucionales de ese proceso aparecían ya en los años ochenta, a partir del ascenso de la fracción denominada “renovadora” dentro del PJ, que llamaba a “modernizar” el partido, entonces notablemente influido por dirigentes de las “62 Organizaciones”, corriente sindical peronista (Altamirano, 2004; Gordillo y Lavagno, 1987, García y Montenegro, 1986). Con esa reconfiguración de fuerzas al interior del Partido Justicialista, se sentaban las bases institucionales del futuro debilitamiento de las organizaciones sindicales dentro del partido (Levitsky, 2003), eliminándose, por ejemplo, el mecanismo práctico del sistema del “tercio” para el armado de listas legislativas para las elecciones nacionales. Asimismo, el ascenso de los “renovadores” incidía sobre el propio sindicalismo peronista en su interior, configurando un escenario de fracciones antagónicas en torno al rol que debía corresponderle a éste dentro de la estructura partidaria peronista (Mc Guire, 1992).

Ahora bien, hay una manifiesta diferencia entre la íntima relación ya descrita de Lula con la CUT –forjada mucho antes de 2002 y por la cual uno de los dirigentes sindicales de la central, entrevistado en San Pablo, podía sostener que ellos [los sindicalistas] habían conseguido, en

2002, “elegir un candidato propio”, al que por tanto, consideraban que tenían que defender (Entrevista con Aníbal, dirigente de la CUT-SP, 22/09/08)- y, por otro lado, el vínculo establecido por el presidente Kirchner con la CGT. En primer lugar, como vimos, más allá de la personalidad de Lula y su creciente popularidad como candidato presidencial del PT en las diferentes elecciones nacionales desde la redemocratización, la CUT apoyó a Lula en tanto candidato del PT. En Argentina, en cambio, aunque la identidad política del grueso de la CGT seguía siendo peronista y Kirchner provenía de esa estructura partidaria (de la cual, de todos modos, no era considerado de ninguna manera su líder), la articulación política de Kirchner con la cúpula de la CGT sería trazada con posterioridad a la llegada de aquél a la primera magistratura (no antes), y no constituiría un vínculo Confederación-partido (PJ) sino un vínculo con la figura de Kirchner y su gobierno, no mediado por una estructura partidaria. La incorporación de la cúpula de la CGT al oficialismo, al igual que la de otros espacios políticos y organizaciones sociales y sindicales correría, así, por otros carriles.

Desde 2002 (presidencia interina de Eduardo Duhalde) y durante las elecciones 2003, tanto en la CGT oficial (liderada por Rodolfo Daer) como en la CGT disidente (liderada por Hugo Moyano⁷) prevalecía una renuencia a involucrarse abiertamente y en forma directa en la lucha por las pre-candidaturas presidenciales peronistas, aunque existían, de todos modos preferencias (Godio, 2003: 131)⁸. Moyano, por ejemplo, terminaría apoyando a Rodríguez Sáa para las elecciones. Su acercamiento a Kirchner se produciría una vez arribado éste al gobierno, constituyendo Moyano, a partir de entonces –y con una CGT ya reunificada-, un actor privilegiado en la pata sindicalista del oficialismo en la negociación salarial y llegando a reclamar años más tarde que se reflatara la tradición peronista –mencionada antes en este artículo y desbaratada en los ochenta y noventa dentro del PJ (Levitsky, 2003: 115)- de incluir un cupo mínimo de candidatos provenientes del sindicalismo en las listas legislativas oficiales (el denominado “Tercio”).

⁷ En 1994, el sindicato de camioneros, conducido por Moyano, y la Unión Tranviarios Automotor (UTA) conformarían, junto a otros sindicatos, el Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA), diferenciándose de la cúpula de la CGT, alineada con el gobierno de Carlos Menem. Sin embargo, el MTA nunca abandonó formalmente la CGT ni tampoco el justicialismo. Con ambos, sostiene Armelino (2004: 6), desarrollaría, en tiempos de Menem, una relación de ambigüedad.

⁸ La CGT oficial se había mantenido prescindente como central en abril de 2003, aunque para la segunda vuelta (que finalmente nunca tuvo lugar porque el ganador de la primera vuelta, Carlos Menem, renunció a participar en ella, consagrando así a Kirchner como nuevo presidente electo), y luego de una reunión con Duhalde, algunos de los sindicatos más fuertes – el sindicato de alimentación, del propio Daer, los mercantiles de Armando Cavalieri, el gremio de la Sanidad de Carlos West Ocampo, y el ex sindicato de Luz y Fuerza, de Oscar Lescano-manifestaron públicamente que apoyarían la candidatura de Kirchner. Fuente: “Los líderes de la CGT oficial apoyan a Kirchner para la segunda vuelta”, La Nación, 30/04/03. Otros dirigentes como Barrionuevo y Andrés Rodríguez habían apoyado activamente la campaña menemista.

El caso de la CTA se reviste aún de más aristas al analizar la constitución de su vínculo con el gobierno de Kirchner. Formada como central alternativa a la CGT durante el gobierno de Menem, a partir de la iniciativa fundadora de dos gremios estatales especialmente perjudicados por las reformas de mercado y la retirada del Estado en términos de su intervención en la economía –Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) y Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina (CTERA)-, la CTA exhibió rápidamente una heterogeneidad notable en términos políticos más allá del objetivo general de lucha contra el neoliberalismo, que se hizo ineludiblemente visible a partir de 2002, cuando su dirección nacional lanzó en un congreso nacional de la central la propuesta de conformar un “Movimiento Político, Social y Cultural”, proyección política que finalmente nunca se materializó. El propio eje articulador de ese movimiento pretendido desde la dirección nacional era una apelación “popular-democrática” y policlasista que entraba en palmaria tensión con las reivindicaciones clasistas sostenidas por muchos de los gremios de base afiliados a la CTA (Armelino y Pérez, 2003). Sin abandonar la apelación a formar tal movimiento, tres dirigentes de peso de la central participaron en listas diversas en las elecciones (legislativas y a ejecutivos provinciales y municipales) de octubre de 2003.⁹ Esas candidaturas, como bien observan Armelino y Pérez (2003) no eran el resultado de una primera etapa de construcción del “Movimiento Político...”. Más bien, podríamos interpretarlas como marcas del inicio de una trayectoria de incomodidad y ambigüedad de la central ante el gobierno de Kirchner, cuyas primeras apelaciones e iniciativas parecían apropiarse de algunas de las demandas esgrimidas por la propia dirigencia de la central. De ese modo, se configurarían distintas fracciones (no institucionalizadas) de la central a nivel de sus espacios dirigenciales en términos del posicionamiento frente al nuevo presidente.

4. Modalidades de pertenencia y apoyo: las centrales sindicales como parte del conjunto oficialista

¿Cómo se vinculaban la CUT, la CTA y la CGT con los gobiernos de Lula y Kirchner?

¿Cómo definían su propio posicionamiento en relación con los mismos? Se delinearán

⁹ Marta Maffei, secretaria adjunta de la CTA y dirigente de CTERA, integró, en esos comicios, las listas de diputados nacionales del ARI. Claudio Lozano, director del Instituto de Estudios y Formación de la CTA, era candidato a diputado nacional dentro del Frente para la Victoria (frente del gobierno de Kirchner), y Luis D’Elía fue candidato a gobernador de la provincia de Buenos Aires con una lista propia, aunque ya apoyaba, para entonces, al presidente Kirchner.

Por su parte, Edgardo Depetri, uno de los dirigentes de ATE, y que conocía a Néstor Kirchner desde que éste fuera abogado de ATE-Santa Cruz, operó como nexo, durante la campaña, entre Kirchner y la CTA, presentándolo ante algunos gremios e impulsando su candidatura.

algunas primeras impresiones en torno a estos interrogantes, tan sólo como bosquejo provisorio y meramente introductorio a reflexiones futuras que resultarán de un análisis cualitativo de las entrevistas realizadas estructurado en torno a categorías pertinentes para la pregunta de investigación.

Los primeros años de gobierno de Lula y Kirchner exhibirían, en cierto sentido, evoluciones inversas. Al aplicar una política económica de “austeridad” fiscal con efectos perjudiciales para la población asalariada -aumento de la tasa de desempleo, reducción de la masa salarial, entre otros indicadores- (Rodrigues, Ramalho y Conceição, 2008), e incluso al impulsar una reforma previsional y la autonomía del Banco Central, el gobierno de Lula, cuya victoria había generado una enorme expectativa por parte de sus aliados históricos (Partido Comunista do Brasil, Partido Socialista Brasileiro, MST, CUT, etc.) recibiría serios cuestionamientos por parte de las organizaciones que habían militado por su candidatura. No sólo el PT sufriría un desprendimiento de determinados dirigentes y legisladores que más tarde fundarían el PSOL, sino que la CUT –que, no obstante, es hoy la central sindical más importante del país (D’Araujo y Romero Lameirão, 2009)- experimentaría su propia crisis, retirándose de la misma sectores que más tarde formarían sus propias centrales sindicales.¹⁰ A la par de estos procesos de críticas y salidas del oficialismo, asistíamos a un fenómeno en el que las organizaciones sociales y el partido que habían constituido la base histórica de Lula (PT, MST, CUT, organizaciones estudiantiles y de otro tipo, etc.) perdían parte de su gravitación frente a la necesidad del gobierno de ampliar la base de apoyo parlamentaria, incluyendo a fuerzas políticas ajenas a esas trayectorias de lucha social. La indiferencia ante estas organizaciones, el no convocarlas a instancias de debate y coordinación de acciones comunes se convertiría en un aspecto constante del vínculo entre el gobierno y estas organizaciones sociales y sindicales.¹¹

Inversamente, en Argentina, un gobierno de origen débil (había obtenido el 22% de los votos del electorado) y tributario de otro dirigente (Eduardo Duhalde, que había patrocinado la candidatura de Kirchner y garantizado el apoyo de una parte del peronismo organizado), pero con un presidente al que las encuestas de opinión pública pocos meses después atribuían una alta popularidad, parecía procurar, en 2003 y 2004, la conformación de un armado amplio,

¹⁰ CONLUTAS –vinculada al PSTU y a agrupamientos de izquierda-, INTERSINDICAL –central conducida por el PSOL- y CTB –mayoritariamente PCdoB-, aunque la última seguiría cercana al gobierno. Aquí se ve con claridad el fenómeno de “partidización” de las centrales sindicales en Brasil, es decir, la vinculación de cada una de ellas a un partido político determinado.

¹¹ La campaña electoral por la reelección de Lula fue paradigmática en ese sentido, tal como reconocen los diferentes entrevistados del PT y la CUT: el gobierno no convocaría a la central (ni tampoco a otras organizaciones populares) a participar en forma militante de la campaña y recién lo haría para el *ballotage*, una vez perdida la confianza en que se trataba de una victoria garantizada.

que institucionalizara a diferentes organizaciones sociales (con distintos grados de experiencia en la lucha social) y que pudiera incorporar a dirigentes políticos de diferentes fuerzas y a sectores fuera del PJ -aunque sin romper con éste. Sí evitando, de todos modos, durante el período 2003-2007, valerse del clivaje peronismo-antiperonismo, y apelando, en cambio, a diversos sectores que no provenían del justicialismo a partir de un discurso de oposición al neoliberalismo y de autoridad presidencial contra las corporaciones -aunque acordando con las cámaras empresariales y la CGT.

En un trabajo anterior (Rocca Rivarola, 2008), en referencia a las organizaciones sociales kirchneristas –FTV, Movimiento Evita, Barrios de Pie/Libres del Sur, Frente Transversal Nacional y Popular-, analicé la modalidad de intervención pública de éstas como aclamatoria de políticas públicas y medidas impulsadas por el propio gobierno: el apoyo a través de comunicados, la presencia en medios de comunicación defendiendo esos anuncios e incluso la movilización callejera se revestía de este carácter.¹² En el caso de la CTA (de la Dirección Nacional de la misma, específicamente), este tipo de activismo de aclamación (según la lectura de las organizaciones antes mencionadas, de defensa del gobierno que permitía estos avances y contra sus enemigos) también está presente (caso del proceso de la Ley de Educación, por ejemplo), pero en menor medida, con una argumentación pública menos explícitamente en línea con el “proyecto” del gobierno. Más bien se procuraba presentar esa aclamación como el respaldo específico a determinada medida particular.¹³ En cuanto a la CGT, también estamos ante cierto accionar de aclamación –participación en actos organizados por el gobierno (como el de la Plaza de Mayo el 25 de mayo de 2006, por el tercer aniversario de la asunción de Kirchner), discurso público favorable al mismo, participación en medios de comunicación defendiendo iniciativas del presidente, etc. pero la

¹² A través de su pertenencia al oficialismo, las organizaciones sociales kirchneristas en Argentina reemplazaron la estrategia de demandas públicas colectivas al Estado nacional –antes llevadas a cabo, incluso, en cooperación con otras organizaciones *piqueteras*- por una relación específica con el gobierno nacional (incluso, en muchos casos, diferenciada para cada organización). Ese fenómeno fue acompañado de una resignificación de la movilización: se trataría, desde entonces, de llevar adelante movilizaciones de carácter aclamatorio, o en torno a temas de agenda por lo general coincidentes con los impulsados por el gobierno.

¹³ En lo que respecta a la movilización no aclamatoria dirigida al propio gobierno (las tres centrales han llevado a cabo acciones contra otros actores privados), distintos autores observan, durante la presidencia de Kirchner, una retracción notoria de la presencia de la CTA en la protesta social (Armellino y Pérez, 2003; Collier y Etchemendy, 2007). Collier y Etchemendy incluso sostendrán que es la CGT aún más que la CTA la que ha estado en la ofensiva salarial en la Argentina pos-2002. Se trata, sin embargo, de huelgas de carácter económico y específicas de una rama, no políticas ni multisectoriales. Ni la CGT ni la CTA convocaron, durante el gobierno de Kirchner a paros generales contra su administración. El único paro general organizado por ambas centrales durante el período constituyó una reacción al asesinato del maestro Carlos Fuentealba durante la represión policial de una protesta en Neuquén, y ambas dirigencias sindicales enfatizaron que se trataba de un paro contra el gobierno provincial (que, a su vez, era opositor a Kirchner) y, en el caso de la CGT, duró sólo cuatro horas.

intensidad es notablemente menor. El vínculo parecía transcurrir primordialmente por otro carril, menos público –e incluso, quizás, menos “político”–, por cierto, en el que se definían la relación material y simbólica entre el gobierno y la CGT como parte del oficialismo: cargos estatales; administración de fondos; apoyo del ministerio de trabajo en conflictos intersindicales (como la pugna por la incorporación de cierta área de trabajadores a un u otro sindicato) y contra agrupaciones de base díscolas con la conducción de los sindicatos.¹⁴ Por supuesto, no se pretende negar, con esta idea, la existencia de intercambios y discusiones de este tipo (puertas adentro) con las organizaciones sociales, o incluso con la CTA. Pero sí existe un contraste en los pesos respectivos de ambos aspectos del vínculo en cada caso. Consecuentemente, la propia interpretación de pertenecer al oficialismo también deviene diferente; las definiciones identitarias en torno al gobierno, menos intensas y menos politizadas, en el caso de la CGT, aunque mucho más imbuidas, por otro lado, de la nostalgia del primer peronismo. En ese sentido, las definiciones identitarias y de pertenencia al oficialismo de la CGT se asemejan, mucho más que a las observadas en dirigentes y militantes de la CTA y de las organizaciones sociales oficialistas, a las interpretaciones y definiciones que aparecían en las entrevistas realizadas, para un trabajo previo (Rocca Rivarola, 2009), entre 2006 y 2008, con dirigentes y militantes de redes del PJ más tradicional, en el distrito de La Matanza.

En ese marco, de todos modos, el posicionamiento de la CGT como central sindical en torno al gobierno era bien claro, del mismo modo que lo era el de la CUT –éste, incluso, más intenso en términos identitarios- en torno al gobierno de Lula, considerado “uno de ellos” (un trabajador, un sindicalista).¹⁵ La CTA, en cambio, mantenía en relación con el gobierno de

¹⁴ Collier y Etchemendy (2007) caracterizan el vínculo de la CGT con el gobierno de Néstor Kirchner como inscripto en el marco de un “corporativismo segmentado”, en el que la central –que monopoliza la representación formal de los trabajadores ocupados- vuelve a posicionarse, luego de un período de debilidad en un contexto de cambios estructurales en la economía, como un interlocutor privilegiado, que consigue beneficios salariales para el resto de los sindicatos afiliados, beneficios organizativos y espacios en el propio Estado, pero con una autonomía, según los autores, mayor que en el período de “corporativismo estatal”, en el que los sindicatos se encontraban más estrechamente integrados en las estrategias electorales y campañas de los partidos, de cuyas bases eran un núcleo esencial. Esa caracterización de una mayor autonomía aparece extrañamente argumentada por Collier y Etchemendy, sin embargo, al identificarla con los paros y medidas de fuerza llevadas adelante por algunos sindicatos de la Confederación en medio de una negociación con el Estado. Ese pretendido indicador, ¿no evidencia acaso otro fenómeno, que es la fragmentación política dentro de la propia CGT y la aparición de dirigentes que procuraban diferenciarse de la figura de Moyano, más que mostrar signos de mayor autonomía de la Confederación respecto del gobierno?

Ambos autores, por otro lado, excluyen al caso brasilero de este diagnóstico, arguyendo que no habría habido, con el triunfo del PT, un resurgimiento –comparable al argentino- del sindicalismo en cuanto a la movilización y la presión para la negociación colectiva (2007: 392).

¹⁵ Esta noción de considerar al presidente “propio” se encuentra presente en las distintas entrevistas a dirigentes del PT y de la CUT, a la hora de interpretar la escasa movilización de carácter reivindicativo contra medidas impopulares del gobierno o para exigirle cierto rumbo. Así, por ejemplo, lo entendía un dirigente de la CUT: “La movilización de la oposición no era para criticar al gobierno, sino para derrumbarlo [...] Pero nosotros tuvimos

Kirchner, una ambigüedad incómoda. En su seno, la diversidad de posiciones -desde el kirchnerismo militante de algunas organizaciones territoriales y de una parte dentro de ATE, hasta la izquierda antagonista al gobierno por parte de nucleamientos de base en algunos sindicatos- dificultaba el delineamiento de una orientación clara en torno a la política de Kirchner, y la propia dirección nacional de la central tampoco parecía poder definir su propia posición:

la ambigüedad y el inmovilismo –si se permite el neologismo-han quedado al descubierto como nunca bajo el actual gobierno peronista. Sea por cuestiones generacionales del actual presidente y de los dirigentes de la CTA, sea por cercanía de militancia política de otrora entre unos y otro, sea por compartir un tipo de discurso crítico del régimen consolidado hace más de una década, la CTA no puede inscribir públicamente una nueva frontera de antagonismo a partir de la cual consolidar la organización, el movimiento e ambas (Armellino, 2004: 10)

En términos de la presencia en el Estado, la CUT superaba ampliamente a la CGT en cuanto a la visibilidad de los cargos obtenidos,¹⁶ incluso luego de haberse visto desprestigiada, junto con el PT, por las denuncias de corrupción (*Mensalão* y *Caixa Dois*), cuyos efectos perjudicaron mucho más al partido y a la central (de la que provenían algunos de los involucrados) que a la figura del propio presidente Lula. Un ejemplo paradigmático de esa mayor visibilidad de la CUT (en comparación con la CGT argentina) en términos de su ocupación de cargos estatales es, quizás, la designación de Luis Marinho, que había sido poco antes electo presidente de la CUT, como Ministro de Trabajo de Lula. Sin embargo, esa designación exhibía un mecanismo similar al que prevalecía en la Argentina para la designación de ciertos funcionarios de primera línea, y que es central para la pregunta que guía esta investigación (desarrollada en la página 2 de este mismo trabajo): más allá del simbolismo que la propia designación conllevaba para la organización en cuestión –en este caso, la CUT-, no resultaba de una invocación a la organización como tal, sino de una convocatoria individual, por una vía no institucional. En palabras de un dirigente de la CUT:

Fue uno de los momentos positivos del gobierno Lula. La única cosa que fue un poco discutida es que él salió de presidente de la CUT para ser ministro. [...] Prácticamente nos informaron que iría. [...] Son amigos personales con Lula. Marinho no era ministro como producto de una instrucción [indicação] de la CUT. ¡La CUT no eligió un presidente para en seguida mandarlo a ser ministro! (Entrevista con Aníbal, dirigente de la CUT-San Pablo, 22/09/08. La traducción es mía).

una movilización muy tímida. Hicimos mucho menos de lo que podíamos hacer” (Entrevista con Jonas, dirigente de la CUT-Rio de Janeiro, 16/06/09. La traducción es mía).

¹⁶ Incluso se ha observado, en el gobierno de Lula, un incremento histórico en términos de la presencia de funcionarios públicos sindicalizados en las estructuras del Estado federal (D’Araujo y Romero Lameirão, 2009).

Este mecanismo de designación individuales bajo criterios personales o de otro tipo, pero de ninguna manera institucionales u organizacionales, se repite en el caso argentino, en, por ejemplo, la selección de ministros provenientes del Frente Grande (que no eran designados en tanto tales, y no se convertían, por tanto, en representantes de aquel sello en tanto parte de una coalición de gobierno) y, con mayor notoriedad en el proceso de armado de listas electorales, todo lo cual será analizado en trabajos futuros.

Existe un punto de confluencia en la caracterización de la CUT y la CTA (que diferencia a ambas respecto de la CGT) en términos de su vínculo con otro de los sectores que esta investigación observa dentro del oficialismo: las organizaciones sociales.

Riethof (2004) identifica las siguientes características en el movimiento del *novo sindicalismo* (del que la CUT fue exponente protagónico): un énfasis en la democratización de las relaciones laborales y en la democracia interna del movimiento; la reivindicación de autonomía respecto del Estado y el rechazo al sindicalismo corporativo (sindicatos como correas de transmisión de políticas públicas); una estrecha conexión con movimientos sociales; y una visión más amplia del significado de la representación (intentos de incluir y organizar a trabajadores informales, por ejemplo). Es por estos dos últimos puntos que otra autora, Moody (1997), definirá a la CUT como “sindicalismo del movimiento social” [*social movement unionism*], es decir, un tipo de sindicalismo que establece puentes y hace causa común con las asociaciones del sector informal. En esa línea de coordinación y vinculación con los movimientos sociales, es que se crea la Coordinadora de Movimientos Sociales (en la que participará, con un rol gravitante, la propia CUT, además del MST y de organizaciones de mujeres, de estudiantes, etc.), que, según un dirigente sindical entrevistado tenía como objetivo llevar al gobierno de Lula más hacia la izquierda (Entrevista con Aníbal, dirigente de la CUT-San Pablo, 22/09/08), un planteo similar al advertido entre los entrevistados de organizaciones sociales kirchneristas en Argentina. La CTA también podría ser interpretada a partir una lógica del tipo de la descrita por Moody (1997): incorporación, en su seno, de organizaciones territoriales, movimientos de desocupados y trabajadores informales (estos últimos, a partir de la posibilidad de afiliación directa individual, aunque con dudosos resultados en términos de posibilidad de representación efectiva de cada uno esos trabajadores), bajo una noción de representación esencialmente diferente de la esbozada por la CGT (Armellino, 2004). Y, tal como observábamos para la CUT, varias apelaciones de la CTA (integrada en sí misma por organizaciones sociales además de sindicatos de trabajadores formales) también parecían asemejarse a las de las organizaciones sociales kirchneristas,

como el llamado –que dio el título al documento presentado por la Dirección Nacional para su debate en el Congreso de 2002 (Armelino y Pérez)- a “construir la unidad del campo popular”, en un planteo coincidente con el discurso del Movimiento Evita

En otros términos, los movimientos piqueteros de desocupados, algunos de los cuales confluirán desde 2003 y 2004 en el kirchnerismo (y que esta investigación denomina “organizaciones sociales” dentro del oficialismo), surgieron y se desarrollaron sin el apoyo de la CGT, que se limitó a la representación de los trabajadores ocupados formales. Durante el gobierno de Kirchner, la relación entre la Confederación y aquellas organizaciones sociales kirchneristas (FTV, Barrios de Pie/Libres del Sur, Frente Transversal Nacional y Popular, y Movimiento Evita) –es decir, entre dos sectores del conglomerado oficialista- será por tanto de absoluta indiferencia cuando no de tensión. La CTA, en cambio, sí se planteó, a fines de los años noventa, la incorporación de organizaciones de desocupados, barriales y sociales, bajo una noción de representación más amplia, similar a la ya mencionada para la CUT. Sin embargo, es justamente en esa pata de la central, la de las organizaciones de construcción territorial vinculadas al activismo en los barrios, donde van a predominar organizaciones sociales –algunas de gran peso, como la FTV- que, como ya vimos, serán explícitamente oficialistas e incluso se integrarán a las estructuras gubernamentales, ante lo cual la pretensión de prescindencia por parte de otra fracción dirigente de la central (De Gennaro, Yasky, etc.) se verá desdibujada.

5. Observaciones finales: el lugar de las “banderas históricas”

La cúpula de la CGT, en tanto central sindical vinculada orgánicamente a la consolidación del primer peronismo –y también, en el caso del propio Moyano, en tanto dirigente protagónico del MTA, agrupamiento antagonista al modelo económico de la administración, también de origen peronista de Carlos Menem-, identificó en el gobierno de Néstor Kirchner un retorno a las “banderas históricas” del justicialismo: un modelo que privilegiaba el mercado interno y el resurgimiento del sindicalismo monopolista (la CGT es la única central que goza, hasta hoy, de personería jurídica) como interlocutor relevante en proceso de negociación colectiva.

En el caso de la CUT, en cambio, la figura de Lula encarnaba “banderas históricas” compartidas en forma permanente a lo largo de más de dos décadas con el PT. El gobierno de Lula, en cambio, despertó con bastante rapidez el temor, por parte de esos dirigentes sindicales, a que esas banderas fueran traicionadas, lo cual, no obstante, no implicó un distanciamiento o ruptura de la central con el presidente.

Por último, aunque la dirigencia de la CTA pudiera considerar viable la estrategia de lanzar (y encabezar desde la propia central) un “Movimiento Político, Social y Cultural” en el contexto de relativo vacío de poder y de crisis de legitimidad de las fuerzas políticas de 2002, el escenario 2003/2004 planteaba ciertamente un nuevo escenario. La reconstitución de la autoridad –y, por tanto, de la dominación política- por parte del liderazgo de Néstor Kirchner a partir de 2003/2004 no sólo lograba el alineamiento y apoyo activo organizado de parte de los dirigentes de la CTA (Luis D’Elía, Edgardo Depetri), sino que el presidente también se apropiaba de ciertas “banderas históricas” de otros de sus dirigentes (Yasky, De Gennaro, Lozano), con un discurso de diferenciación respecto del neoliberalismo, de incorporación de algunas organizaciones de desocupados como sectores con voz política, etc. Ello dejó a la CTA en un lugar ambiguo e incómodo respecto del gobierno de Kirchner.

En el presente trabajo se ha procurado señalar algunos puntos de partida para el análisis comparativo de tres centrales sindicales, la CUT, en Brasil, y la CTA y CGT, en Argentina, en tanto sector dentro de los conjuntos oficialistas que se conformaban en torno a los presidentes Lula y Kirchner en Argentina. El origen de la relación, el carácter del vínculo establecido, y ciertas definiciones identitarias en cuanto a su pertenencia al oficialismo han sido examinados, con vistas a establecer algunos ejes de comparación que nos permitan, en posteriores desarrollos, echar luz sobre las dinámicas y relaciones al interior de estos conjuntos políticos.

6. Bibliografía citada

- ❖ Altamirano, Carlos (2004): “‘La lucha por la idea’: el proyecto de la renovación peronista.”, en: Novaro, M. y Palermo, V.: *La historia reciente. Argentina en democracia*. Buenos Aires: Edhasa.
- ❖ Armelino, Martín (2004): “Algunos aspectos de la acción colectiva y la protesta social en la CTA y el MTA”, en: *Laboratorio*. Año 6. N° 15. Primavera/Verano.
- ❖ ----- y Pérez, Germán J. (2003): “¿Cómo reconstruir la unidad del campo popular? Las estrategias políticas de la CTA a partir de la crisis de 2001”. Ponencia presentada en el VI Congreso Nacional de Ciencia Política de la SAAP. Universidad Nacional de Rosario. Noviembre de 2003.
- ❖ Cheresky, Isidoro (2006a): “Introducción”, en: Cheresky, I. (comp.): *Ciudadanía, Sociedad Civil y Participación Política*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- ❖ ----- (2006b): “La política después de los partidos”, en: Cheresky, I. (comp.): *La política después de los partidos*. Buenos Aires: Prometeo.

- ❖ Collier, Ruth y Etchemendy, Sebastián (2007): “Down but not out: Union Resurgence and Segmented Neocorporatism in Argentina (2003-2007)”, en: *Politics and Society*, Vol. 35, No. 3, September.
- ❖ D’Araujo, Celina y Romero Lameirão, Camila (2009): “O compromisso sindical do governo Lula da Silva”. Paper apresentado no XXI Congresso mundial de Ciência Política IPISA. Santiago de Chile. Julio.
- ❖ Del Campo, Hugo (2005). *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- ❖ Di Tella, Torcuato (1977). “Populismo y reformismo”, en: Germani, Gino; Di Tella, Torcuato; Ianni, Octavio. *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*, México D.F.: Era.
- ❖ Echegaray, Fabián (2006). “Elecciones en Brasil: Hacia un sistema político moderno u secularizado”, en: Revista *Nueva Sociedad* N °206. Noviembre-Diciembre.
- ❖ García, Raúl Alberto y Montenegro, Néstor (eds.) (1986): *Hablan los Renovadores*. Buenos Aires: Ediciones de la Galera.
- ❖ Germani, Gino (1977) “Democracia representativa y clases populares”, en: Germani, Gino; Di Tella, Torcuato; Ianni, Octavio. *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*. México D.F.: Era.
- ❖ Godio, Julio (2003): *Luces y sombras en el primer año de transición. Las mutaciones de la economía, la sociedad y la política durante el gobierno de Eduardo Duhalde*. Biblos. Buenos Aires.
- ❖ Goldfrank, Benjamin y Wampler, Brian (2008). “From petista way to Brazilian way: how the PT changes in the road”, en: *Revista Debates*, Porto Alegre, V. 2, n. 2, jul-dez.
- ❖ Gordillo, Marta y Lavagno, Víctor (1987): *Los hombres de Perón. El peronismo renovador. Entrevistas inéditas*. Bs. As.: Puntosur.
- ❖ Gutiérrez, Ricardo. (1998): “Desindicalización y cambio organizativo del peronismo argentino, 1982-1995”. Trabajo presentado en el XXI International Congress of the Latin American Studies Association. Septiembre 24-26, Chicago, IL.
- ❖ Ianni, Octavio (1977): “Populismo y relaciones de clase”, en: Germani, Gino; Di Tella, Torcuato; Ianni, Octavio: *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*. México D.F.: Era.
- ❖ Keck, Margaret (1992): *The Workers’ Party and Democratization un Brazil*. New Haven: Yale University Press.
- ❖ Kinzo, Maria D’Alva (2005): “Os partidos no eleitorado: percepções públicas e laços partidários no Brasil, en: *Revista Brasileira de Ciências Sociais*. BCS. Vol 20. N ° 57. Fevereiro.
- ❖ Levitsky, Steven (2003): *Transforming Labor-Based Parties in Latin America. Argentine Peronism in Comparative Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press.
- ❖ Lucca, Juan Bautista (2004): “A singularidade da representação Política e sindical no Brasil Contemporâneo”. Tesis de licenciatura defendida en Instituto de Filosofia y Ciencias Humanas de la Universidad Federal de Rio Grande do Sul (Brasil). Febrero. Mimeo.
- ❖ Martins Rodrigues, Leôncio (1990): *Partidos e Sindicatos. Escritos de sociologia política*. São Paulo: Ática.

- ❖ Mc Guire, James (1992): “Union Political Tactics and Democratic Consolidation in Alfonsín’s Argentina. 1983-1989”. En: *Latin American Research Review*, Vol. 27, No 1. The Latin American Studies Association.
- ❖ Meneguello, Rachel y Amaral, Oswaldo (2008): “Ainda novidade: uma revisão das transformações do Partido dos Trabalhadores no Brasil”. *BSP Occasional Papers*. Oxford, Disponível em: http://www.brazil.ox.ac.uk/__data/assets/pdf_file/0007/10051/BSP-02-08.pdf
- ❖ Moody, Kim (1997): “Towards an International Social Movement Unionism”, en: *New Left Review*, Vol. 27, No. 225.
- ❖ Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos (2004): *Estudio sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- ❖ Ottmann, Goetz (2006): “Cidadania mediada. Procesos de democratização” da política municipal no Brasil”. Tradução do inglês ao português por Alexandre Morales. *Novos Estudos* N° 74. CEBRAP. Março.
- ❖ Palermo, Vicente (2003): “El PT desde la oposición al gobierno y las gestiones de Fernando Henrique Cardoso”, en: Palermo, V. (comp.): *Política brasileña contemporánea. De Collor a Lula en años de transformación*. Siglo XXI. Buenos Aires.
- ❖ Pousadela, Inés (2007): “Argentinos y brasileños frente a la representación política”, en: Grimson, A. (comp.) *Pasiones nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina*. Bs. As., EDHASA.
- ❖ Riethof, Marieke (2004): “Changing Strategies of the Brazilian Labor Movement: From Opposition to Participation”, in: *Latin American Perspectives*, Vol. 31., No. 6, November.
- ❖ Rocca Rivarola, María Dolores (2008): “El MST en Brasil y las organizaciones sociales kirchneristas en Argentina (2005-2006). Roles, identificación y relaciones dentro del conglomerado oficialista”. Ponencia presentada en las Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos. Mar del Plata. Septiembre.
- ❖ ----- (2009): “La diversidad debajo de la mesa: El conglomerado kirchnerista en el distrito de La Matanza”, en: Cheresky, I. (comp.): *Las urnas y la desconfianza ciudadana en la democracia argentina*. Rosario: Homo Sapiens.
- ❖ Rodrigues, Iram Jácome; Ramalho, José Ricardo y Conceição, Jefferson José da (2008): “Relações de trabalho e sindicato no primeiro governo Lula (2003-2006)”, en: *Ciência e Cultura* [online].V. 60, N° 4.
- ❖ Rubim, Antonio Albino Canelas (2003): “Cultura e política na eleição de 2002: as estratégias de Lula presidente”. Trabalho apresentado ao XII Encontro Anual da Associação Nacional dos Programas de Pós-Graduação em Comunicação (COMPÓS), Recife/PE, 2 a 6 de Junho.
- ❖ Telles, Mara (2006): "La política brasileña después de las elecciones presidenciales". Presentación en el Instituto Gino Germani (UBA). Buenos Aires. 12 de octubre.
- ❖ Torre, Juan Carlos (1998): “Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo”, en: Mackinnon, María Moira y Petrone, Mario Alberto. *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*. Buenos Aires: EUDEBA.